

con tiendas contiguas á los lados, que ofrecen un extraño aspecto de bazar asiático. En fin, no se puede dar un paso por Granada sin encontrar en un arco, en un arabesco, en una columna, en un monton de piedras, algo que recuerde su fantástico pasado de sultana.

¡Cuántas vueltas y revueltas no di por aquellas calles tortuosas, en las horas más ardientes del día, bajo un sol que me achicharraba los sesos, sin encontrar ánima viva! En Granada, como en las demás ciudades de Andalucía, la mayor parte de la gente no sale hasta la noche. Y por la noche se desquita de la prision del día, aglomerándose y mezclándose en los paseos públicos con el apresuramiento y furia de una multitud cuya mitad buscase á la otra mitad para negocios urgentes. Donde el concurso es mayor es en la Alameda, razon por la cual pasé allí mis noches con Góngora que me hablaba de monumentos árabes, con un periodista que me hablaba de política, y con otro jóven que me hablaba de mujeres, no siendo raro el caso de que hablasen los tres á un tiempo, para placer mio ciertamente; porque aquella algazara de estudiantes, á su tiempo y sazón, me refresca el espíritu, como á la yerba (voy á robar una linda imagen) esa llovizna del estío que cae apresuradamente con movimiento de trémula alegría.

Me veo muy apurado para decir algo del pueblo de Granada, porque la verdad es que no lo he visto. En las calles no encontraba á nadie de día; por las

noches no podíamos vernos; los teatros estaban cerrados; cuando en la ciudad hubiese podido tropezar con alguien, andaba por los salones y alamedas de la Alhambra. Tenia además tanto que hacer para estudiar cada cosa en el espacio de tiempo fijado de antemano, que no me quedaban siquiera desperdicios como en las demás ciudades, donde solía emplearlos conversando con el primer hombre del pueblo á quien hallaba en un café ó paraba en mitad de la calle.

Mas por lo que supe de quien estaba en grado de darme noticias seguras, aquel pueblo no goza de muy buena reputación en España. Se dice que es maligno, violento, vengativo y pendenciero; y á fé que no lo desmiente la crónica local de los periódicos. No se dice, pero se sabe, que la instruccion pública está todavía más atrasada que en Sevilla y otras ciudades españolas de menor cuenta; ni que por regla general, todo aquello que el sol y la tierra no dan ya hecho (y hacen mucho), anda lastimosamente, sea que lo traiga la indolencia, la ignorancia ó el desórden. Granada no tiene caminos de hierro que la enlacen á ninguna ciudad importante: vive sola, en medio de sus jardines, dentro el cerco de sus montañas, gozosa de los frutos que la tierra le lleva á las manos, meciéndose muellemente en la vanidad de su hermosura y en el orgullo de su historia; jugueteando y soñando, reducida á decir con un bostezo al que le reprocha su estado:—Yo di á España el pintor Alonso Cano, el poeta Fray Luis de Leon, el historiador Fernando del Castillo, el orador sagrado

Fray Luis de Granada, el ministro Martínez de la Rosa; he pagado mi deuda; dejadme en paz.—Que es la respuesta que dan casi todas las ciudades meridionales de España, harto más bellas ¡ay! que sábias y laboriosas, y harto más altivas que civilizadas. El que las ha visto una vez, no puede cansarse nunca de exclamar:—Qué lástima!

—Ahora que ha contemplado V. todas las maravillas del arte árabe y de la vegetacion tropical, le resta que ver el barrio del Albaicin para que pueda V. decir que conoce Granada. Prepare V. el ánimo á un mundo nuevo, eche la mano al portamonedas, y vamos.

Así me dijo Góngora la última noche de mi estancia en Granada. Estaba con nosotros un periodista republicano, director de *La Idea*, llamado Melchor Almagro: un jóven simpático y elegante, quien por acompañarnos sacrificó la comida y un artículo que andaba discurriendo desde la mañana. Nos pusimos en camino y á poco llegamos á la plaza de la Audiencia. Allí Góngora me señaló una callejuela tortuosa que va trepando por el cerro, y me dijo:

—Esta es la puerta del Albaicin.

El señor Almagro tocó una cosa con el baston, añadiendo:

—Aquí comienza el territorio de la República.

Entramos en la callejuela, pasamos de ésta á otra y de la segunda á una tercera, siempre subiendo, sin que, á la verdad, viese yo nada de extraordinario, por más que miraba curiosamente á todas par-

tes. Calles estrechas, casas mezquinas, viejas que medio dormían en los umbrales de las puertas, madres que espulgaban á sus chiquillos, los perros ladrando, las gallinas sueltas, chiquillos harapientos que alborotaban y corrían, y cuantas otras cosas se ven en todos los arrabales: en aquellas calles no había nada más. Sólo que, á medida que subíamos, iba mudando el aspecto de las casas y de la gente: los tejados eran más bajos; las ventanas más raras; las puertas más pequeñas; los habitantes más andrajosos. Por mitad de cada calle corría el agua dentro de un lecho de ladrillos á usanza árabe; aquí y allá, sobre las puertas y en torno de las ventanas, veíanse restos de arabescos y fragmentos de columnas; en las esquinas de las plazuelas, fuentes y pozos que datan del tiempo de los moros. Cada cien pasos que daba me parecían cincuenta años desandados para volver á la edad de los Califas.

Mis dos compañeros tocábanme de cuando en cuando con el codo, diciendo:

—Mire V. aquella vieja.

—Mire V. aquella muchacha.

—Mire V. aquel hombre.

Yo miraba y preguntaba:

—Qué gente es esa?

A encontrarme allí de improviso, la vista de aquellos hombres y aquellas mujeres me hubiera hecho creer que estaba en una ciudad del Africa: tan diversos eran, por los rostros, por el vestir, por el modo de moverse, de hablar, de mirar, de la gente que había visto hasta entonces. En cada esquina me

detenia para fijar la vista en mis compañeros, y mis compañeros decían:

—Esto no es nada. Aquí estamos en la parte culta del Albaicín. Este es el barrio *parisien* del arrabal. Sigamos adelante.

Seguimos adelante. Las calles parecían lechos de torrentes, ó senderos cavados en las rocas; todo eran realces, fosos, hondonadas y peñascos; algunas tan empinadas que no puede subirlas un mulo, y otras tan estrechas que apénas puede atravesarlas un hombre; éstas llenas de mujeres y chiquillos tendidos por los suelos, y aquellas herbosas y desiertas; unas y otras de aspecto extraño, misero, salvaje, del cual no daría idea el más mezquino de nuestros lugares, porque la de allí es una miseria que conserva el sello de otra raza y los colores de otro continente. Dimos vueltas por un laberinto de calles, pasando de cuando en cuando bajo un gran arco árabe ó por una plazoleta, desde donde se abrazaban con la vista el inmenso valle, los montes cubiertos de nieve y parte de la ciudad, y por fin llegamos á otro callejón más pedregoso y angosto que cuantos hasta entónces habíamos corrido, en el que hubimos de detenernos para tomar aliento.

—Aquí,—me dijo el jóven arqueólogo,—comienza el verdadero Albaicín. Mire V. aquella casa.

Miré, y ví una casa baja, ahumada, medio ruinosas, con una puerta que parecía el ventanillo de una cantina. Por delante de ella, bajo una masa de harapos, se movía un grupo ó mejor un montón de viejas y chiquillos, que en apareciendo nosotros al-

zaron los ojos medio soñolientos, y con las manos descarnadas quitaron del umbral no sé que inmunicias que estorbaban el paso.

—Entremos, —dijo mi amigo.

—Entrar ahí?—pregunté.

Si me hubiesen dicho que detrás de aquellas paredes habia una reproduccion de la famosa Côte de los Milagros que describe Víctor Hugo, no hubiera vacilado en creerlo. Ninguna puerta me ha gritado nunca más impetuosamente:—Aléjate.—No encuentro con qué compararla, si no es con la boca desmesurada de una bruja gigantesca, cuyo aliento estuviese preñado de miasmas pestilentes. Pero saqué fuerzas de flaqueza, y penetramos en la casa.

Oh asombro! Era el patio de una casa árabe, rodeado de columnillas graciosas y arcos ligerísimos, con aquella indescriptible labor de la Alhambra en torno de las puertas y de las ventanas ojivales, las vigas y tablas del techo trabajadas y pintadas, nichos para pebeteros y jarrones de flores, el baño en medio, y por todas partes recuerdos de la vida feliz de una familia opulenta. En esta casa habitaba aquella pobre gente!

Visitamos en seguida otras, y en todas hallé un fragmento de arquitectura y escultura árabes. Gón-gora me decia de cuando en cuando:—Aquí habia un *harem*.—Allí estaban los baños de las mujeres.—Allá arriba el camarín de una favorita;—y yo fijaba los ojos ávidamente sobre todos los pedazos de pared arabescada y sobre todas las ventanillas de las ventanas, como para pedirles la revelacion de algun se-

creto: un nombre, una palabra mágica con la cual pudiese reconstruir el edificio arruinado, y evocar las hermosas árabes que en él vivieron. Ay! en medio de aquellas columnas y bajo aquellos arcos no habia más que harapos y semblantes arrugados.

Entre otras casas, visitamos una donde un grupo de muchachas cosian en el patio, á la sombra de un árbol, vigiladas por una vieja. Trabajaban todas en una gran pieza de paño de listas negras y grises, que me pareció un tapete ó una manta de cama. Me acerqué y pregunté á una de las costureras:

—Qué es esto?

Todas alzaron la cabeza, y con movimiento concorde desplegaron el paño de modo que yo pudiera ver bien su trabajo. Apenas lo habia visto, cuando grité:

—Lo compro.

Echáronse á reir. Era un capote de montañés andaluz, hecho para ir á caballo, de la forma de un rectángulo, y con su abertura en medio para meter la cabeza: estaba bordado con estambres de vivos colores á lo largo de los lados más cortos y en derredor de la abertura. El dibujo de los adornos, que representan pájaros y flores fantásticas, verdes, azules, blancas, encarnadas y amarillas, es tosco, como podría hacerlo un niño; la belleza del trabajo consiste toda en la armonía verdaderamente asombrosa de los colores. No sé expresar la sensacion que produce la vista de aquel objeto, sino diciendo que rie y que despierta alegría, y que me parece imposible imaginar nada más festivo ni más juvenil y gracioso.

samente caprichoso. Es cosa que debe uno mirar cuando está de mal humor para tranquilizarse, ó cuando se quiere escribir una estrofa elegante para el álbum de una señora, ó cuando se espera á una persona á quien conviene recibir con nuestra sonrisa más agradable.

—Cuándo quedará concluido este bordado?—pregunté á una de las muchachas.

—Hoy mismo,—respondieron todas en coro.

—Y cuánto vale la manta?

—Cinco...—balbuceó una de ellas.

La vieja le lanzó una ojeada que queria decir:—Estúpida!—y repuso apresuradamente:

—Seis duros.

No me pareció mucho y llevé la mano al bolsillo.

Góngora me sujetó el brazo, y lanzándome una mirada que queria decir:—Tonto!—añadió:

—Seis duros!—Es una atrocidad.

La vieja le lanzó otra mirada que queria decir:—Bandido!—y completó el pensamiento con estas palabras:

—No puedo darlo por menos.

Góngora le dirigió otra ojeada que queria decir:—Embustera!—y añadió:

—Vamos; puede V. darla en cuatro duros. Es como las paga la gente del país.

Insistió la vieja, y continuamos un rato cambiando con la vista los títulos de tonto, vagamundo, chupucero, mentiroso, avaro, chupon, hasta que me dieron la manta por cinco duros: pagué, dejé mis se-

ñas, y salimos de allí bendecidos y encomendados á Dios por la vieja, y seguidos por los grandes ojos negros de las bordadoras.

Anduvimos nuevamente de calle en calle, en medio de casas cada vez más mezquinas, de rostros cada vez más negros y de harapos cada vez más miserables. No llegábamos nunca al fin, y yo preguntaba á mis compañeros.

—Quieren Vds. hacerme el favor de decir si Granada tiene límites, y dónde los tiene? Se puede saber á dónde vamos, y cómo volveremos á casa?

—Pero hay todavía algo más extraño que ver? pregunté en un cierto punto.

—Más extraño?—dijo uno de los dos. Esta segunda parte del Albaicin que ha visto V. pertenece aún á la civilizacion: es el barrio si no *parisien* al ménos *madrileño* del Albaicin. Ya irá V. viendo; vamos adelante.

Recorrimos una larguísima calle llena de mujeres apenas vestidas, que nos miraban como á gente caida de la luna; atravesamos una plazoleta donde andaban en amigable confusion los cerdos y los chiquillos; pasamos por otros dos ó tres callejones, ora subiendo, ora bajando, y finalmente llegamos á un lugar solitario, á la falda de una colina, desde donde se veian el Generalife en frente, la Alhambra á la derecha, y debajo un valle profundo cubierto de espesísimo bosque.

Comenzaba á oscurecer; no encontrábamos á nadie, ni oíamos una sola voz.

—Acaba aquí el barrio?—pregunté.

Mis dos compañeros se echaron á reír, y respondieron:

—Mire V. hácia aquella parte.

Me volví, y vi á lo largo de una calle que se perdía en el bosque lejano, interminable fila de casas... de casas digo? de escondrijos cavados en la tierra, con un poco de pared por delante, agujeros por ventanas, hendiduras por puertas, y plantas silvestres de toda especie encima y á los lados: verdaderas cavernas de fieras, en las cuales hormigueaban centenares de gitanos, á la luz apenas visible de los candiles; un pueblo que se agita en las entrañas del monte, más pobre, más negro, más salvaje que el que habia visto poco antes; otra ciudad desconocida de la mayor parte de los granadinos, inaccesible á los agentes de policia, cerrada á los empleados del fisco, ignorada é ignorante de toda ley y de todo gobierno, viviendo no se sabe cómo, numerosa no se sabe cuánto, extranjera respecto de la ciudad, respecto de España, respecto de la civilizacion moderna, con lenguaje, estatutos y usos propios, supersticiosa, falsa, aficionada al robo, pordiosera y feroz.

—Abróchese V. el gaban y cuide del reloj,—me dijo Góngora.—Vamos allá.

No habríamos dado cien pasos, cuando un muchacho medio desnudo, negro como las paredes de su tugurio, corrió hácia nosotros dando gritos y haciendo señas á otros muchachos para que le siguieran. Detrás de los chiquillos vinieron las mujeres; detrás de las mujeres los hombres; luego viejos y viejas, y otra vez chiquillos: en ménos que se dice

nos vimos rodeados por una muchedumbre. Mis dos amigos, conocidos como granadinos, consiguieron ponerse en salvo, y yo tuve que quedarme solo entre aquella hediondez. Se me antoja ver aún aquellos hocicos, oír aquellas voces, sentir sobre mí aquellas manos. Gesticulando, gritando, diciendo mil cosas que yo no entendía; tirándome de los faldones, del chaleco, de las mangas, se estrechaban alrededor mio como un rebaño hambriento, alentaban en mi propia cara, me cortaban la respiración. La mayor parte iban medio desnudos, con las camisas hechas girones, los cabellos enredados y llenos de polvo: estaban horribles. Parecíame ser D. Rodrigo entre la multitud de los apestados en aquel famoso sueño de la noche de Agosto.—Qué quiere esta gente?—me preguntaba.—A dónde me he dejado conducir? Cómo voy á salir de aquí?—Casi experimentaba un sentimiento de miedo, y miraba en torno de mí con inquietud.

Poco á poco comencé á entender algo.

—Tengo una llaga en la espalda,—decía el uno;—no puedo trabajar; déme V. algunos cuartos.

—Tengo una pierna rota,—decía otro.

—Tengo un brazo baldado.

—Estoy convaleciente de una enfermedad muy larga.

—Un cuarto, señorito!

—Un real, caballero!

—Una peseta para todos!

Estas últimas palabras fueron acogidas con un grito general de aprobacion:

—Sí, una peseta para todos.

Saqué el porta-monedas, no sin cierto temblor, y se empinaron todos sobre la punta de los piés: los de más cerca casi metieron la barba dentro; los de atrás la metieron en la cabeza de aquellos, y los últimos alargaron los brazos.

—Un momento,—grité.—¿Quién es el que tiene más autoridad entre vosotros?

Respondieron unánimemente alargando los brazos hácia una sola persona:

—Esta.

Era una vieja espantosa, toda nariz y toda barba, con un gran moño de cabellos blancos, una boca que parecía el buzón del correo, y poco más que la camisa cubriéndole las carnes; negra, acartonada, momificada. Se me acercó inclinándose y sonriendo, y alargando las manos para coger las mias.

—Qué quiere V?—pregunté dando un paso atrás.

—La buena ventura!—gritaron todos.

—Pues dígame V. la buena ventura,—respondí tendiéndole la mano.

La estrechó entre sus diez, no diré dedos, sino huesos informes, pegó á ella la aguda nariz, levantó luego la cabeza, me miró fijamente, y moviéndose y parándose á cada frase, como si recitase estrofas, dijo con acento inspirado:

—Tú has nacido en un día señalado. Y el día en que morirás será un día también señalado. Tú tienes un caudal asombroso.

Aquí balbuceó no sé qué cosa de amantes, matrimonio y felicidades, por donde comprendí que me

suponia casado: no pudo quedarme duda cuando le oí decir:

—El día que te casaste hubo en tu casa muchos dares y tomares. Y otra se quedó llorando. Y cuando tú la ves se te abren las alas del corazón.

Siguió hablando á este tenor, y dijo que yo tenía amantes, amigos, tesoros y venturas que me esperaban todos los días del año en todos los países del mundo. Mientras hablaba la vieja, estaban los otros en silencio, como si creyesen que profetizaba verdaderamente.

Acabó al fin la profecía con una fórmula de despedida, y la fórmula alargando los brazos y dando un salto en ademan de baile. Di la peseta, y la multitud prorumpió en gritos, aplausos y cantos, haciéndome mil gestos extraños, saludándome á empujones y palmadas en la espalda como si se tratara de un amigo antiguo, hasta que á fuerza de revolverse y tropezar ora con uno ora con otro, logré abrirme paso y llegar á donde estaban mis amigos. Allí nos amenazaban nuevos peligros. Se había esparcido la noticia de la llegada de un extranjero; habíanse puesto en movimiento las tribus; toda la ciudad gitanesca andaba en conmoción. Desde las casas vecinas, desde los tugurios lejanos, desde lo alto de la colina, desde el fondo del valle, corrían muchachos, mujeres con sus pequeñuelos colgados del cuello, viejos con báculos, estropeados y enfermos falsos, profetisas septuagenarias que querían decir la buena ventura. Se nos venía encima por todas partes un ejército de mendigos; era de noche;

no habia que dudar; echamos á correr como estudiantes camino de la ciudad. Entónces estalló á espaldas nuestras un griterío del diablo, y los más listos se vinieron detrás. Gracias al cielo, despues de una breve carrera nos encontramos en seguro, cansados, jadeantes, cubiertos de polvo, pero salvos.

—Era preciso escapar á cualquier costa;—me dijo riendo el señor Almagro.—De otro modo hubiéramos llegado á nuestras casas sin camisa.

—Y observe V.,—añadió Góngora,—que no habíamos visto más que las puertas del barrio de los gitanos, la parte civil, no diré el Paris, ni el Madrid; pero sí la Granada del Albaicin. Si hubiéramos seguido adelante! Si hubiese V. visto lo demás!

—Pero cuánta es esa gente?.... pregunté.

—No se sabe.

—De qué modo viven?

—No se comprende.

—Qué autoridad reconocen?

—Una sola: los *reyes*, jefes de las familias ó de las casas; aquellos que tienen más dinero y más años. Esos no salen nunca de su barrio, no saben nada, viven en completa ignorancia de todo lo que sucede fuera de allí. Caen las dinastías, mudan los gobiernos, se baten los ejércitos, y es milagroso que les llegue noticia de ello. Pregúnteles V. si doña Isabel está todavía en el trono: no lo saben. Pregúnteles V. quién es don Amadeo: jamás han oido su nombre, Nacen y mueren como las moscas, y viven lo mismo que hace siglos, multiplicándose sin salir de sus propios confines; ignorantes é ignorados, no

viendo en toda su vida más que el valle que se abre bajo sus piés, y la Alhambra que se alza sobre su cabeza.

Pasamos de nuevo por todas las calles recorridas ántes, en aquella sazón desiertas y oscuras, y me parecia que no acababan nunca. Finalmente nos vimos en la plaza de la Audiencia, en medio de Granada, en el mundo civilizado. Experimenté un gran sentimiento de placer á la vista de los cafés y de las tiendas iluminadas, como si hubiese vuelto á la vida de las ciudades despues de vivir un año en un páramo deshabitado.

A la noche siguiente partí para Valencia. Recuerdo que al pagar la cuenta de la fonda pocos momentos ántes, observé al dueño que me habia puesto una vela de más, y le pregunté sonriendo:

—Me la rebaja V.?

El dueño tomó la pluma, y quitando veinte céntimos del total de la cuenta, respondió con una voz que queria parecer conmovida:

—Diablo! Entre italianos!

XIII.

VALENCIA.

Por dónde se va á Valencia.—La Plaza de Toros.—Recuerdos de D. Amadeo.—La ciudad y sus monumentos más notables.—Un poco de política.—Cae Sagasta y sube Zorrilla.—Momentos de esperanza.—Lo que parece la gente del pueblo.—La mujer valenciana.—Lo que se dice del carácter y de las costumbres.—La seguridad pública en Valencia.—Cómo reciben los españoles á los extranjeros, y en particular á los italianos.—Cómo deben pensar los italianos acerca de España.—A bordo del *Genil*.

El viaje de Granada á Valencia, hecho todo de un tiron, como se dice en España, es de aquellos paseos que un hombre razonable no da dos veces en su vida. De Granada á Menjíbar, lugar que está á la orilla izquierda del Guadalquivir, entre Jaen y Andujar, hay una buena noche de diligencia; de Menjíbar hasta Alcázar de San Juan, medio dia de camino de hierro en un coche sin cortinillas, por una llanura desnuda como la palma de la mano, y con aquel poquito de sol; desde Alcázar de San Juan á Valencia otra noche y otra mañana (sin contar la tarde que se pasa en la primera estacion aguardan-

do el tren), para llegar por fin á la suspirada ciudad á medio día en punto, cuando la naturaleza, como diria Emilio Praga, se espanta ante la horrible idea de que queden todavía cuatro meses de verano.

Pero hay que confesar que el país es tan bello al principio y al fin de este viaje, que si fuera uno capaz de sentir cuando va cayéndose de sueño y chorreando sudor, se veria en confusion mil veces. Es un viaje de perspectivas inesperadas, de cambios repentinos, de contrastes extravagantes, de golpes escénicos de la naturaleza, de trasformaciones maravillosas y fantásticas, que dejan en la mente la ilusion de haber recorrido, no una parte de España, sino todo un meridiano de la tierra, á través de los países más diversos.

De la vega de Granada, que atravesais al resplandor de la luna, casi abriéndoos camino por entre bosques y jardines, en medio de una vegetacion pomposa que parece estrecharse como el hinchado mar para envolveros y ahogaros en sus masas de verdura, vais á parar entre montes escarpados donde no se ven trazas de habitacion humana, pasais al borde de los precipicios, costeis las márgenes de los torrentes y correis por el fondo de los barrancos, pudiendo creeros perdidos en un laberinto de rocas. De allí se sale á las verdes colinas y campos floridos de la alta Andalucía, y luego de repente desaparecen campos y colinas, y os veis entre las montañas de piedra de la Sierra Morena, que penden sobre vuestra cabeza y cierran el horizonte como las paredes de un inmenso abismo. Salís de la Sierra Morena, y

se extienden á vuestra vista las desiertas llanuras de la Mancha; salís de la Mancha, y os internais en la florida llanura de Almansa, variada con toda suerte de cultivos, y semejante á un tapete vastísimo coloreado con cuantos matices de verde puede dar la paleta de un pintor. Pasada la llanura de Almansa se abre un oasis delicioso, una tierra bendecida por Dios, un verdadero paraíso terrenal: el reino de Valencia, desde cuyos confines hasta la capital misma va uno por entre jardines, viñedos, plantíos espesos de naranjos, casitas blancas coronadas de azoteas, pueblecillos alegres pintados de vivos colores, filas, grupos y bosques de palmeras, campos de caña de azúcar, higueras de la India, y largas cadenas de colinillas y otros de forma cónica cultivados de mil modos. Por todas partes se ve una vegetación ardiente que no deja lugar vacío, ni altura que no domine, ni prominencia que no vista de sus ramas; que cuelga ó se eleva amontonándose y cruzándose; que impide la vista, cierra el camino, os cansa con su belleza y os confunde con sus caprichos, y hace, en fin, el mismo efecto que haría la revelación inesperada de una tierra encendida en voluptuosa fiebre por el fuego de un volcán secreto.

El primer edificio con que tropiezan los ojos al entrar en Valencia es una inmensa plaza de Toros situada á la derecha del camino de hierro, toda de ladrillos, y parecida de lejos al Coliseo. Allí fué donde el rey Amadeo, delante de diez y siete mil personas, estrechó la mano al Tato, célebre torero

que ha perdido una pierna, y que siendo en aquella ocasion director del espectáculo, solicitó permiso para subir al palco régio. Valencia está llena de recuerdos del duque de Aosta. El sacristan de la Catedral posee un cronómetro de oro con sus iniciales en diamantes, y una cadena cuajada de perlas, que el rey le regaló cuando fué á orar en la capilla de nuestra Señora de los Desamparados. En el Hospicio de este nombre acuérdanse los pobres de haber un dia recibido su pan cotidiano de manos del mismo don Amadeo. La fábrica de mosaicos de Nolla conserva dos ladrillos en que él mismo escribió su nombre y el nombre de la reina. En la plaza de Tetuan señala el pueblo la casa de los condes de Cervellon, en que se hospedó; que es por cierto la misma donde Fernando VII firmó el año 14 los decretos que anulaban la Constitucion, donde en 1840 abdicó la reina Cristina, y donde pasó algunos dias la reina Isabel el año 58. No hay por último rincon de la ciudad en que no pueda decirse: aquí estrechó la mano á un hombre del pueblo; aquí visitó una fábrica; por aquí pasó á pié, lejos de su escolta, rodeado de la multitud, lleno de confianza, sereno y sonriente.

Fué cabalmente Valencia, puesto que he principiado á hablar del duque de Aosta, fué Valencia la ciudad primera en que se tocó aquel terrible argumento del *Rey extranjero*, y lo hizo una niña de cinco años, encargada de recitarle versos, con las palabras más nobles y sensatas que acaso ha oido España de algunos años á esta parte: palabras que recogidas y meditadas por aquel país, acaso le hubie-

sen ahorrado muchas de las calamidades que pesan sobre él y que le aguardan todavía; palabras que algun español recordará quizá un día con secreto pesar, y que ya han obtenido de los sucesos entera confirmacion. La poesia se intitulaba *Dios y el Rey*, y decia así:

«Dios, en todo soberano,
Creó un día á los mortales,
Y á todos nos hizo iguales
Con su poderosa mano.

No reconoció naciones,
Ni colores, ni matices;
Y en ver los hombres felices
Cifró sus aspiraciones.

El Rey, que su imágen es,
Su bondad debe imitar,
Y el pueblo no ha de indagar
Si es aleman ó francés.

¿Por qué con ceño iracundo
Rechazarle siendo bueno?
Un Rey de bondades lleno,
Tiene por su patria el mundo.

Vino de nacion extraña
Cárlos V emperador,
Y conquistó su valor
Mil laureles para España.

Y es un recuerdo glorioso,
Aunque en guerra cimentado,
El venturoso reinado
De Felipe el Animoso.

Hoy el tercero sois Vos
Nacido en extraño suelo,
Que viene á ver nuestro cielo
Puro destello de Dios.

Al rayo de nuestro sol
Sed bueno, justo y leal,
Que á un Rey bueno y liberal
Adora el pueblo español.

Y á vuestra frente el trofeo
Ceñid de perpétua gloria,
Para que diga la historia:
«Fué grande el Rey Amadeo.»

Oh, pobre niña! Cuántas cosas discretas dijiste tú, y cuántas cosas insensatas han hecho los demás!

Si se entra en Valencia recordando los versos de los poetas que cantaron sus maravillas, no parece que la ciudad corresponde bien á la hermosa imágen que lleva uno en su mente. Ni ofrece por otra parte aquel aspecto siniestro á que nos ha preparado su justa fama de ciudad turbulenta, belicosa, fomentadora de guerras civiles, y más gustosa del olor de la pólvora que de la fragancia de sus espesos naranjales. Valencia está edificada sobre vasta y florida llanura, en la orilla derecha del Guadalaviar (que la separa de sus arrabales) y un poco lejos de la rada que le sirve de puerto. Sus calles son tortuosas; sus casas altas, desgraciadas y multicolores. Mas no por eso es menos agradable su aspecto que el de las calles de las ciudades andaluzas, ni carecen enteramente de aquel vago aire oriental que aficiona y mueve la fantasía. Por la orilla izquierda del rio se extiende un soberbio pasco formado de magníficas alamedas y lindos jardines, al cual da acceso, conforme se viene de la ciudad, la puerta del Cid. Esta puerta está flanqueada de dos gruesas torres con almenas, y lleva el nombre de aquel héroe, en recuerdo de que por allí pasó el Cid el año 1094, despues de haber expulsado á los moros de

Valencia. La Catedral, construida en el mismo sitio donde los romanos tuvieron un templo consagrado á Diana, los godos una iglesia puesta bajo la advocacion de San Salvador y los árabes una mezquita, fué convertida en iglesia por el Cid, mudada segunda vez en mezquita por los árabes el año 1101, y tercera vez en iglesia por el rey don Jáime, despues de la expulsion definitiva de los invasores. Es un vasto edificio sobrecargado de adornos y tesoros, pero que no puede sostener comparacion con la mayor parte de las catedrales españolas. Hay varios palacios dignos de ser vistos, como el de la Audiencia, que es un hermoso monumento del siglo XVI, donde se reunian las Cortes del reino de Valencia; la casa Consistorial, construida entre los siglos XV y XVI, en que se conservan la espada de don Jáime, las llaves de la ciudad y el estandarte de los moros; y sobre todo la Lonja, con su célebre sala de tres grandes naves divididas por veinticuatro columnas en espiral, sobre las cuales se encorvan con atrevido arranque los arcos ligeros de las bóvedas, y en donde los ojos reciben de la arquitectura una impresion agradable de armonía. Hay por último en Valencia un musco de pintura que no es de los más pobres de España.

Pero á decir verdad, los pocos dias que yo pasé en Valencia aguardando un vapor, estuve consagrado á la política más que al arte. Allí probé la exactitud de ciertas palabras que antes de salir de Italia habia oido á un italiano ilustre, el cual conoce á España como su propia casa: «El extranjero que vive